

señor Coroleu en la hermosa carta á que he hecho referencia, dirigida al entonces presidente de la Real Academia de Ciencias y Artes de esta ciudad, don Rafael Puig y Valls: la erección de una estatua a Salvá y Campillo en la plaza de la Universidad. ¡Cómo! ¡Habéis tolerado que entre vosotros se levante, al despuntar ya el siglo XX, un circo taurino, en que vuestros hijos han de presenciar con frecuencia un espectáculo embrutecedor, y no lograréis que se aíce en vuestra hermosa ciudad la estatua del insigne Salvá, cuya contemplación serviría a este honrado y laborioso pueblo de perenne recuerdo de amor al progreso y al bien? ¡Quién sabe si del calor que esta brillante sesión necrológica presta a la memoria del grande hombre que es objeto de ella, brotará con nueva fuerza el casi olvidado y bello proyecto propuesto por Coroleu y acogido con entusiasmo por el señor Puig y Valls!

Sea de ello lo que quiera, yo, en nombre propio y en el de la Real Academia de Ciencias y Artes, con cuya representación me honro en este acto, felicito calurosamente a la de Medicina y Cirugía, por la feliz y oportunísima idea de terminar el siglo honrando la memoria de uno de los individuos que le dió más lustre, hace precisamente ahora una centuria.

Sesión del día 30 de diciembre de 1900

Salvá y Campillo, maestro de clínica.

DISCURSO DEL DR. BARTOLOME ROBERT

Hacer revivir, como queremos que hoy reviva, un hombre que cerró para siempre sus ojos 70 años atrás y bien cumplidos, parece que no ha de ser muy ardua tarea si el muerto legó a la posteridad, como en el caso presente, las manifestaciones materiales de sus talentos y si el curioso bibliófilo hace la busca en archivos y bibliotecas de los frutos de su inteligencia. En prueba de ello, acabáis de oír con fruición, como seguiréis oyendo después de mí, la gallarda manera con que mis dignos colegas han cumplido el encargo que esta Academia les hizo. De tal suerte la obra de los hombres puede ser expresiva para las generaciones que les subsiguen, que al través de los años y de los siglos, aparecen a nuestra vista como si fuera ayer, enteros cual si todavía el corazón les latiera, y hasta, si cabe, agigantados por la ilusión de la distancia. Así, leyendo hoy las cutilinarias de Cicerón, nos parece que aún deben resonar en Roma los acentos del orador famoso. Hojeando las páginas del Quijote, nos penetramos de la grandiosidad de la mente de Cervantes. Alzando la vista a la techumbre de la Capilla Sixtina, medimos los grados de fiebre creadora de aquel Miguel que con justicia se apellidaba Angel. El *Perseo* que ornamenta el Pórtico de Florencia, materializará siempre la concepción grandiosa de Benvenuto Cellini, y la *Rendición de Breda* y las *Hilanderas* pregonarán la potencia pictórica del gran Velázquez....

Pero no todas las actividades del hombre puede exteriorizarlas la imprenta, ni pueden ser pintadas en lienzos y esculpidas en mármoles y bronce, porque dentro del complejo psiquismo humano se producen actos tan íntimamente ligados con la personalidad de cada uno, que sólo un testigo ocular puede sentirlos y apreciarlos. Teniendo yo que evocar aquí el recuerdo de Francisco Salvá, no precisamente en el concepto de médico, de naturalista, de sabio ni de ciudadano, sino en el de maestro, en el de profesor de clínica de nuestro antiguo Colegio, y al verme obligado a dis-

currir encerrándome en este círculo, no puedo menos de manifestar que mi misión no es muy llana. Porque ¿sabéis lo que significa ser profesor? ¿Por ventura podéis creer que lo mismo importa ser un sabio que un buen maestro; que tanto monta poseer cierto grado de capacidad y cierta dosis de cultura, como gozar del poder de exteriorizar los propios pensamientos para incrustarlos como con un buril en la mente del que escucha; que tanto da llevar en los pliegues del cerebro un determinado número de hechos, recuerdos y noticias, que, a fuerza de tiempo, se han ido allí almacenando, que poseer una fuerza de transmisión reveladora por cuya virtud se establece el mutuo contacto, la fusión íntima, la compenetración plena entre las irradiaciones intelectuales del que explica y la absorción que de ellas hace el que atento aprende? ¡Ah! no. Si falta la diaphanía de las ideas, si se carece de esa simplicidad en las formas, que se ha de traducir por una exposición clara y metódica de los conceptos; si no se poseen esas condiciones puramente externas, sí, pero que brotan armónicamente de las interioridades del mismo pensamiento y que consisten en el calor de la frase, en el fuego de la palabra, en el claro oscuro de la entonación y en todo aquello que, cual un imán, mantiene suspensa y subyugada la atención de los alumnos, yo os pregunto si no es necesario todo o gran parte de esto para que la enseñanza encomendada al profesor sea provechosa, en fuerza de persuasiva y convincente. El maestro, en este concepto, ofrece tal personalidad, que sólo se parece a sí mismo; y como las expresadas circunstancias son atributo inseparable del hombre, en tanto vive, únicamente pueden ser apreciadas y criticadas por sus convivientes. Sin embargo, desde ahora, gracias a los maravillosos adelantos de la física, el fonógrafo y el cinematógrafo, podrán servir, a modo de trasunto vivo, para una más o menos fiel representación de la palabra y hasta de la acción del profesor en cátedra.

Nada sé, de consiguiente, de esas condiciones externas que pudieron adornar a Salvá y hacerle apto con fruto para el profesorado, ya que como muriese en 1828, supongo que ninguno de sus alumnos hoy le sobrevive. Si yo al menos en ensueños hubiese podido presumir que un día habría de disertar en esta Real Academia sobre Salvá, como profesor de clínica, habría podido inspirarme en el relato que me hubiese hecho el octogenario don Juan Foix, catedrático mío de Terapéutica, y que a su vez había sido discípulo de aquél. Por fortuna, Salvá y Campillo, a diferencia de muchos de los profesores que le han subseguido, no se llevó a la tumba todo el capital de sus conocimientos, sino que los divulgó dándolos a la estampa o conservándolos en manuscritos: de consiguiente, he podido yo leerlos, saborearlos e impregnarme de todo su valor; y esa documentación es bastante para formar concepto de aquel distinguido sabio, tanto bajo el punto de vista científico, en sus relaciones con la Enseñanza Clínica, como del pedagógico, únicos conceptos en que debo yo estudiarlo.

Desde luego las sienes de Salvá están orladas por una aureola inmarcesible, de la cual participa también en primer término nuestra Academia. Barcelona, hasta el primer año del siglo que ahora fenece, no logró poseer Clínicas dedicadas al estudio práctico de la Medicina interna, quedando en esto muy rezagada de lo que ocurría no sólo en las grandes naciones cultas, sino hasta en la misma España, ya que en Padua se daba oficialmente aquella enseñanza desde el siglo XVI, en Leyden utilizando los talentos de Le Boe y Boerhave, en el siglo XVII y en el XVIII, en Francia desde los tiempos de Baumes y Franquet, en Inglaterra desde Gregory y Cullen y en Madrid, antes que en Cataluña, desde Oberti. Pero nuestra Corporación en 1795, bajo la presidencia del doctor don Ignacio Montaner, hubo de dirigirse al Príncipe de la Paz, el valido, sino dueño de Carlos IV, permítaseme la irrespetuosidad, en demanda de la fundación en el Hospital de la Santa Cruz de una Clínica Médica; y don Manuel de Godoy, sea por sugestión propia, sea por la mediación de los amigos que Salvá tenía en la Corte, o porque juzgara que lo que se había decretado ya para Madrid había de ser también aplicable a la Capital del Principado, accedió a la petición. Tal vez no contaron nuestros académicos de entonces con las legendarias resistencias pasivas que para el cumplimiento de sus loables propósitos había de oponer la Administración de aquel benéfico Asilo; así es que, sólo después de una lucha incesante, de ataque de los unos y de defensa de los otros, como puede verlo el curioso lector en la copia de la documentación que he tenido a la vista, después de seis años de bregar, o sea en 1801, pudo darse comienzo a la enseñanza teórico-práctica de la Medicina, siendo los doctores don Francisco Salvá y don Vicente Mitjavila los primeros profesores oficiales que la tuvieron encomendada; y aún tuvo que darse provisionalmente en el Real Hospicio, hasta que en 5 de abril de 1802 se concedieron a tal proyecto las dos Salas del Santo Cristo en el Hospital de la Santa Cruz. Véase, pues, si con razón sobrada debe gra-

harse en letras de oro aquella fecha en los fastos de la medicina catalana y si nuestra Academia puede ostentar con orgullo, entre otros timbres, el de haber sido quien dió vigoroso impulso a la cultura de nuestro país, ya que hasta entonces los naturales de nuestra tierra debían ir a Madrid para aprender la práctica de la Medicina en el Real Estudio erigido en la Corte a este fin.

El Discurso inaugural leído en la apertura del Real Estudio de Medicina-Clinica de Barcelona el 25 de junio de 1801 por el doctor Salvá y Campillo, así como los sucesivos, dan la muestra de las ideas científicas y pedagógicas del profesor, como la dan también los "Pensamientos" del mismo sobre "El arreglo de la Enseñanza del Arte de curar". Al hojear tan sabrosas páginas, si bien por un lado ha de reconocerse el paso de gigante que han dado los conocimientos médicos en un lapso de cien años, por otro lado se destaca la personalidad de Salvá y Campillo en lo que respecta a la manera de comprender la enseñanza de la Medicina en su parte técnica y hasta administrativa, que podría figurar aun hoy entre los que predicamos con mayor ardor la necesidad de la autonomía universitaria y de la libertad del profesor.

No figuraba Salvá, ciertamente, en las filas de los que se empeñan en admitir una suerte de divorcio entre la concepción teórica y los hechos prácticos bien determinados, antes al contrario, y estas son sus palabras: "la teoría de nuestra profesión, no es más que la misma práctica reducida a preceptos"; como si con eso diera a entender que el gran método de enseñanza de las ciencias biológicas es el inductivo: observar y analizar para elevarse después, por medio de una operación inductiva, al señalamiento de leyes y de principios, y no en un orden inverso, como querían los antiguos escolásticos.

Empalmando con este criterio, que es fundamental, clama cien veces a favor de la enseñanza objetiva, y esto no solamente en la asignatura que él tenía encomendada, sino en todos los ramos de las instituciones médicas y hasta en el de las ciencias auxiliares aplicadas a la Medicina. Cuán distante estaba, pues, de los que, desconociendo la realidad, convierten la Cátedra en torneos retóricos y en generalizaciones abstractas, haciendo coro con ese afán divagador de la mayor parte de nuestros compatriotas. Bien se echa de ver, leyendo a Salvá, que los hombres cultos de nuestro país que vivieron en las últimas décadas del siglo XVIII y en las primeras del nuestro, sentían muy de cerca la influencia del medio europeo y que, a pesar de tener muy arraigadas, como él las tenía, sus creencias y sus convicciones, no se mostraban refractarias al progreso científico. Sus relaciones personales con médicos franceses, alemanes e ingleses, ya que convertido todavía por entonces el latín en idioma universal para los efectos de la ciencia, se podía mantener con mayor facilidad que hoy el comercio de las ideas sin la posesión de las lenguas vivas, todo esto fué causa de que el método Baconiano se le impusiera.

Sea porque su criterio pedagógico se impregnara del establecido más allá de nuestras fronteras, sea que Salvá, por condiciones étnicas, gustaba más de la realidad de las cosas que de las disquisiciones imaginativas, ello es que en sus consejos a los alumnos predicaba siempre la sobriedad, y él, por su parte, lejos de ser ampuloso, hacía gala de una extremada sencillez en sus escarceos clínicos. Entendía, por el contrario, que la perfección intelectual es progresiva; que se ha de hacer en la mente del escolar una verdadera evolución de lo simple a lo complejo; que no interesa tanto adquirir un número abrumador de conocimientos que agotan las fuerzas de la inteligencia, como la posesión de una corta cantidad de hechos o de ideas, pero clara e intensamente incrustadas en el intelecto. Ya dijo Salvá, a este propósito, que "el arte de enseñar consistía en saber callar lo que no es absolutamente necesario decir", pero también añadía que son raros los maestros que saben obedecer este canon. En consonancia con esto, las historias clínicas redactadas por los alumnos o por su propia mano, no constituyen un relato fatigoso, antes bien, son sobrias, sintéticas y de bastante precisión. Ciertamente que él de vez en cuando hacía cierto alarde de erudición, porque hombre de mucha lectura y suponiéndole yo de mucha memoria, le vendrían a los labios, sin advertirlo, las citas entresacadas de los autores que él más estimaba. Ciertamente también que algunos pasajes se hacía un tanto difuso y hasta gramaticalmente poco correcto, lo cual permite abrigar la sospecha de que perorando aún lo resultaba más ya que siempre es menos difícil escribir que hablar; pero de todos modos, estas apreciaciones mías pueden ser hijas de que el gusto literario de nuestra época es bastante distinto del que dominaba en su tiempo.

Su propia sencillez llevábale, y en esto dió muestras de gran discernimiento, a clamar contra la polifarmacia y los medicamentos secretos. No se cansaba de repetir que las fórmulas medicamentosas siempre han de ser simples, para apreciar así mejor el efecto fisiológico y terapéutico

de los cuerpos recetados. ¡Cómo se le crisparían hoy los nervios al bueno de Salvá si resucitase y viese las monstruosas recetas de algunos galenos! Decía ya por aquel entonces, que la Terapéutica farmacológica estaba necesitada de un gran expurgo de substancias, unas inertes u otras mal definidas, haciéndolo así en el Formulario que publicó, lo cual, al fin, significaba que la mezcla informe de plantas y drogas resultaba tal vez más un adesio que un peligro; pero hoy con el descubrimiento de los activos alcaloides y con la preparación de fármacos, que sin ensayo previo se lanzan al comercio y se recetan sin ton ni son, por manos inexpertas, la situación ha cambiado radicalmente; y cada día se corre más el riesgo por algunos de cometer cuando menos imprudencias temerarias, si no verdaderos delitos. ¡Qué falta haría de vez en cuando la revisión de los títulos para confirmar el permiso de ejercer!

No más que plácemes merecía también Salvá por la gran participación que concedía a sus alumnos en los ejercicios clínicos. En vez de atribuirles el simple papel de oyentes o testigos, les ponía en acción para desarrollarles de esta suerte las facultades pensadoras. El dirigía la labor, pero el alumno la realizaba; él corregía, él aconsejaba, él hacía el resumen del caso, impregnándolo de las reflexiones que le sugería su práctica, pero siempre consideraba al estudiante como una parte muy viva de él mismo. El método, por tanto, era irreprochable y las tendencias sanas.

Todavía alcanza mayor relieve la figura del maestro Salvá cuando se aprecian sus opiniones particulares respecto a la organización de la enseñanza médica. Ciertamente que no se atrevió aún a que cesara la dicotomía abosurda establecida en los planes universitarios entre los estudios teóricos y prácticos de una misma asignatura, haciendo, por ejemplo, la fusión de las Patologías con sus respectivas Clínicas; pero presintió la reforma y hasta la realizó de hecho, como lo indica ya el nombre de Estudio teórico-práctico de Medicina y la manera como daba la enseñanza, explicando las enfermedades a medida que se iban presentando los enfermos en las clínicas; y al objeto de que el estudio patológico fuese lo más amplio posible, entendía que el profesor de Clínica había de tener la libertad de buscar en todas las enfermerías del Hospital aquellos pacientes que mejor sirviesen para la educación médica de los alumnos. De esta manera los cuadros morbosos tenían una representación viva y real y no eran como ahora una pura abstracción, a menos que el profesor cuide mucho en cátedra de que sus explicaciones se ajusten en un todo a lo que su observación personal haya podido enseñarle. De consiguiente, los intentos de Salvá marcaban en aquella fecha un notorio progreso, que no han sabido imitar siquiera, en nuestros días, los que han tenido a su cargo la dirección de la instrucción pública en España.

Aún pretendió más. En aquella fecha permanecían reclusas en el Hospital de la Santa Cruz muchas jóvenes expósitas, sin una ocupación determinada, y a él se le ocurrió fundar para ellas en el mismo Asilo una Escuela práctica de Comadronas, como años después se hizo con gran éxito en Rusia; pero el asqueroso favoritismo y la empleomanía, males añejos en nuestro país, dieron al traste con tan buenos propósitos.

Mostróse igualmente partidario de la libertad de los profesores sobre el modo de enseñar, y como, según sus textuales palabras, "estas ideas chocan con las que manifestaron por aquel entonces ciertos forjadores de *Ordenanzas literarias*, que pretendían mandar esclavos y no catedráticos o hacerlos siervos de sus caprichos", se hizo propias las ideas de Chaptal, afirmando que el método de enseñanza ha de ser libre, porque cuando se quiere prever y ordenarlo todo con reglamentos, se sofocan las iniciativas del profesor.

"Pretender mandarlo todo, decía, es la más absurda de las vanidades, y querer reglamentarlo todo es la más funesta de las manías. En el difícil arte de cultivar las facultades humanas, hay muchos resortes en acción superiores a toda ley y a toda ordenanza, y precisamente por esto es que el arte de enseñar no siempre corre parejas con el saber, ni siempre son los más sabios los mejores maestros. El mayor inconveniente de los métodos uniformes y ordenancistas es el de esterilizar los esfuerzos del profesor". Tomen nota de estas sesudas y viriles manifestaciones nuestros uniformistas con toda su escuela de leyes y de reglamentos y vean cómo en aquel tiempo en Cataluña, antes de la Era constitucional, había hombres que sostenían aquel criterio libre, sin el cual los progresos de la Medicina son un mito.

Como si Salvá se hubiese ya preocupado de las contingencias del porvenir, manifestó la opinión de que bastaban tres Facultades de Medicina para subvenir a todas las necesidades de España; y lo creyó así porque juzgaba mil veces preferible un corto número de Escuelas bien dotadas y con todos los elementos indispensables para la enseñanza, a una profusión que, cuál suce-

de ahora, lleva en sí los gérmenes de consunción y muerte. Influyó, sin duda, grandemente en esa clarividencia de Salvá, la manera cómo él entendió que debían sostenerse las Escuelas para que vivieran una vida prestigiosa. Por aquella fecha, las angustias del Tesoro español eran ya muy grandes—lo propio que hoy, si no son más—, y, de consiguiente, era pedir al Estado lo imposible en punto a la consignación de los fondos indispensables para sostener decorosamente una buena enseñanza; de ahí que nuestro biografiado pretendiera que en vez de las subvenciones de la Hacienda, siempre, mezquinas, se procurase cada Facultad de Medicina recursos propios con los derechos de matrícula, colación de grados, expendición de títulos y hasta en la venta de libros, por parte de la misma Escuela, en manera alguna como negocio del profesor. Como se ve, entre el proyecto del médico catalán de entonces y el que acariciamos los partidarios de la autonomía universitaria, tampoco media diferencia alguna fundamental, porque en definitiva él y nosotros perseguimos el mismo ideal de sustraer la existencia de los establecimientos docentes a la tutela del Estado. Y no se ocultaba a la perspicacia de aquel profesor, que si de aquella suerte, debiéndose alimentar las escuelas de fondos propios, sólo podían sostenerse en España tres Facultades (que hoy, con el aumento de población, podrían ser cuatro), a más de que era aquél el mejor procedimiento para que no decayeran las energías del profesor. En efecto, como éste tendría que vivir del beneplácito y del apoyo que los alumnos le prestasen, debería ser el primero interesado en conservar toda suerte de prestigios. Así se establecería una saludable competencia entre unas y otras escuelas, que daría como resultado la atracción más cuantiosa de la población escolar. Ignoro si Salvá, al pretenderlo, obraba en virtud de un arraigado y propio convencimiento, o si se hizo eco de lo que entonces sucedía en Francia, cuyos estudios médicos, según él mismo afirma, no venían sostenidos por el Gobierno; pero, sea lo que fuere, nosotros hemos de dirigir a nuestro compatriota un caluroso aplauso por ser partícipes de sus ideas, ya que entendemos que son siempre preferibles las iniciativas individuales y la fuerza de asociación a tener que vivir constantemente bajo el amparo del Estado. Además, como la verdadera autonomía de las Universidades no ha de ser puramente administrativa, sino que ha de trascender a la libertad científica, porque precisamente del choque de las ideas y de la oposición de encontradas tesis y no del uniformismo científico o filosófico y de la reglamentación severa, ha de resultar el progreso de la ciencia, y esa libertad sólo puede alcanzarse dentro de un régimen autonómico, de ahí la delectación con que me he ido enterando del amplio criterio que nuestro Salvá poseía; y cuenta, señores académicos, que el hombre a quien dedicamos esta sesión solemne no era un racionalista descreído, antes por el contrario, bien se echa de ver en algunos pasajes de sus obras, que para él la ley moral o ética lo era todo.

Aunque no faltaría materia para ir diluyendo y ampliando más todavía las condiciones que reunió nuestro académico como maestro y como organizador de la Enseñanza, se me figura que basta a mi propósito el anterior apunte, tanto más cuanto aun os he de molestar algunos momentos con la crítica somera del profesor en su aspecto científico.

Nadie más que yo respeta la libertad del pensamiento y las ideas de cada uno cuando se profesan de buena fe y son hijas de una reflexión madura; pero entiendo que el maestro, sobre todo en esas ciencias que, como las biológicas, evolucionan sin cesar, debe estar dispuesto también a seguir los pasos de la evolución, no de una manera precipitada y loca atraído sólo por el afán de la novedad, sino con ánimo sosegado y después de una crítica severa.

De otra suerte, el carro del progreso quedaría atascado y las ideas se irían petrificando. Cuando la evolución es calmosa, el cambio epanas se hace sensible y no desatina un profesor que tarda muchos años en rectificar su criterio; al paso que cuando, como ahora ocurre, la corriente se hace vertiginosa, ¡ay del que, ciego y contumaz, pretende detenerla!

Sugiere-me esta reflexión somera el observar en Salvá, en algunas ocasiones, cierta falta de ductilidad de carácter y hasta cierta resistencia de adaptación al movimiento científico, de lo cual por fuerza había de resentirse el alumno, y en esto, no debe olvidarse que media una gran diferencia entre el médico práctico y hasta el médico sabio y el que se dedica a la enseñanza. Este no se pertenece a sí mismo, sino que se debea sus alumnos; y éstos tienen el derecho de que se les vaya instruyendo en la medida y forma que reclama el andar de los tiempos, para que también se produzca en ellos la evolución de su espíritu. El maestro en tal mira, aunque envejezca en años, debe mantener jóvenes sus ideas; de lo contrario, corre el riesgo de no cumplir su alta mi-

sión con el debido acierto, y nunca ha de olvidar que los escolares vienen a ser una cosa así como los hijos de la inteligencia del maestro.

Es indudable que Salvá era hombre de mente muy bien cultivada, y bien supo demostrarlo en diversos órdenes de conocimientos; es también positivo que no le eran extraños los grandes descubrimientos de Morgagni, ni las experimentaciones medicamentosas de Alibert y Carminati, y que en sus estudios nosológicos se dejó influir, hasta con exceso, por el sistema botánico, pero tal vez el excesivo culto a Boerhaave y a Sauvages, grandes figuras ciertamente de la medicina, pero cuyas ideas iban sufriendo su natural transformación, y más que esto, el desvío hacia las disquisiciones filosóficas de Cabanis y Condillac, entonces muy en boga, fueron causa de que su espíritu científico no fuese tan progresivo como lo fué en punto a organización y métodos de enseñanza, dejando aparte su manifiesta hostilidad a la fusión de las Facultades de Medicina y de Cirugía, de cuyo enlace nació el actual médico-cirujano, hostilidad hasta un tanto agria y personal, como la manifiestan sus frases sobre Perchet, Gimbernat y Virgili, fundadores de los Colegios de Cádiz, Madrid y Barcelona.

Pretendió, sin embargo, ser reformista en Nosología, pero el éxito no coronó sus esfuerzos. A pesar de que era admirador de Sauvages, quiso enmendar su nomenclatura médica y hasta el vocabulario vulgar, que a pesar de sus patentes defectos, hoy por la fuerza de la tradición todavía sigue imperando. Buen helenista, Salvá quiso dar nombres a las enfermedades y hasta a los síntomas, uniendo en una sola palabra dos o tres radicales griegas, de los cuales resultase no sólo una mayor propiedad lingüística, sino la indicación del sitio afecto y de la naturaleza intrínseca del proceso. En su virtud, proponía, por ejemplo, que a la palabra vulgar *bostezo* la substituyera *phicaspnaea*; *hipo* por *philixpnaea*; *tos*, por *phibexpnaea*; *asma* por *mondialepdispnaea*; *sarampión* por *excidriholitis* y así de muchas más. Semejantes substituciones de palabras podrán ser justas en su construcción, podrán ajustarse si se quiere a una depurada etimología; pero como a veces lo mejor es enemigo de lo bueno, se comprende el esfuerzo de memoria que habrían de hacer los alumnos y todos los partidarios de semejante nomenclatura para poder familiarizarse con ella; sería igual a que nosotros en el lenguaje común y corriente, en vez de decir *antipirina*, *acetanilida*, *lacto-fenina*, etcétera, quisiéramos designar estos medicamentos de la serie aromática con los kilométricos nombres que representan sus composiciones químicas. No es, pues, extraño que el esfuerzo innovador de Salvá no prosperase ni entonces ni después.

Dentro de la imparcialidad en que debo colocarme, no puedo menos de significar a la Academia la extrañeza con que he visto que nuestro antiguo colega ofreciera grandísima repugnancia a aceptar la diferenciación, que ya en aquellos tiempos se imponía, respecto a determinadas infecciones agudas. No importa que entonces, respecto de etiología y patogenia de los procesos febriles, se viviera aún a gran distancia de los modernos descubrimientos panspérmicos, porque hasta fiándolo todo a la observación pura, como en los tiempos de Baglivi, bastaba saber observar sin juicios preconcebidos, para comprender las condiciones diversas que ofrecían algunos estados piréticos. Cuando Salvá escribió respecto de la fiebre amarilla, ya se habían estudiado en España diferentes epidemias del tífus icterodes y pudo ya haberse adquirido por parte de los clínicos el firme convencimiento de que el *vómito prieto* era una enfermedad importada; conociáanse con gran lujo de detalles los buques contumaces que habían traído a nuestros puertos el germen de la enfermedad; habíanse ya apreciado las condiciones topográficas y cósmicas que eran menester para que el azote epidémico desplegara sus rigores; se había manifestado por médicos nacionales y franceses e ingleses, que habían venido a nuestro suelo a hacer sus estudios, una opinión bien definida, y, sin embargo, Salvá, dicho sea con todos los respetos que nos merece, ni admitió el contagio de la fiebre amarilla, lo cual pudo perdonarse, porque era materia opinable, ni vió clara su especificidad. Al contrario, hizo gran alarde de polemista, sosteniendo la tesis de que la fiebre amarilla podía desarrollarse en nuestro país por virtud de influencias locales y que hasta podía ser una manifestación del polimorfismo de otras calenturas que no tenían carácter alguno exótico. Si aquel esclarecido médico no se hubiese sentado en la silla del profesor, nada ofreciera de particular que él hubiese sostenido aquel criterio, pero como necesariamente había de inculcar sus opiniones en el ánimo de sus alumnos, la responsabilidad de sus juicios era ya mayor.

En cambio, ¿qué grandes beneficios no hubieron de reportar sus discípulos y la humanidad toda de que Salvá se convirtiera en adalid infatigable de la vacunación j Jenneriana, que entonces se acababa de descubrir, como ya, antes del inmortal Jenner, había reñido recias batallas con Haen,

mostrándose partidario de la inoculación de la viruela, lo que le valió las acerbas críticas de Vicente Ferrer, hombre de gran predicamento!—; Oh, contradicciones y antinomias del espíritu humano!; en una cuestión como ésta de la variolización y vacunación, en aquella fecha tan discutible, Salvá, valiente, entusiasta, se acreditó de hombre progresivo, como si hubiese ya presentado la aparición del gran Pasteur; y en aquella otra ya referida que podía justipreciarse con el criterio puro de observación entonces imperante, Salvá no quiso ver toda la claridad con que el problema estaba ya presentado.

También habría querido yo ver más extendida la esfera de sus aficiones clínicas, leyendo más variadas observaciones sobre muchos procesos morbosos que, sin duda, ya por entonces se presentaban en la enfermería de nuestro Hospital, pero bien se echa de ver, consultando sus obras, que su fuerte, como buen admirador de Piquer, era todo lo referente a calenturas, y la enseñanza clínica, para que sea fructífera, ha de extenderse por un ámbito mayor.

Hasta aquí la que podríamos llamar edad de oro del insigne médico barcelonés, y ojalá se hubiese retirado a tiempo del teatro de sus glorias, antes de que se le viniese encima la pesadumbre de los años, que roban al espíritu sus energías y nublan los fulgores de la mente, que así hubiese evitado días para él muy amargo, como debieron serlo aquellos en que, antes de morir, fué objeto de mortificantes desdenes, que en manera alguna pudieron empañar su justo y bien adquirida respetabilidad. Pero, aún después de muerto, se hizo digno de loa, porque, cumpliéndose una disposición testamentaria, fué autopsiado su cadáver por don Joaquín Isern, en nuestro Colegio de Medicina, para que pudiera servir para enseñanza. ¡Cuán divorciado estuvo de los que, como Chateaubriand, dijeron: "tejos de mí la sacrilega autopsia, que en vano se encontraría en mi frío cerebro y en mi yerto corazón el secreto de la muerte!"

Señores académicos: Por el capricho de la suerte, más que por mérito propio, encuéntrome al expirar este siglo desempeñando en la ciudad de Barcelona la misma enseñanza que inauguró el doctor don Francisco Salvá y Campillo al principiar la centuria, y gracias a vuestra inagotable benevolencia y a la del ilustre señor Decano de la Facultad de Medicina, me ha cabido la honra insigne de rendir esta noche fervoroso homenaje al que comenzó la serie de los catedráticos de clínica que en el período de cien años se han ido sucediendo. Con tal motivo ruegoos que aceptéis el testimonio de mi eterna gratitud.

Sesión del día 30 de diciembre de 1900

Salvá y su tiempo.

DISCURSO DEL DR. LUIS COMENGE FERRER

La Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona aspira, con la celebración de este homenaje solemne, a prolongar la vida de Salvá y Campillo, a perpetuar su fama, a ensanchar su gloria avivando en el recuerdo de los presentes la llama de gratitud que sus hechos encienden, la admiración que ellos despiertan.

La nobleza y utilidad del pensamiento a que obedece esta velada son evidentes; la alteza y la trascendencia del acto no admiten dudas ni piden encomios.

De Salvá se ha escrito si no mucho, muy bello y verídico; por tanto, sería importuna labor y temeraria ofrecer una biografía del catalán ilustre gallardamente dibujada en los discursos que acabéis de oír y en los escritos de Félix Janer, Hernández Morejón, Anastasio Chinchilla, Torres Amat, Bertrán Rubio y Elías de Molins, en especial, constituyentes de una hermosa poliantea bio-bibliográfica a nuestro personaje referente.

Tal circunstancia me advierte, al llegar a este punto, cuán arriesgado es decir algo nuevo, cuán difícil perfeccionar lo bueno, tareas dignas del sabio a las cuales, os confieso no alcanzo, con ser tan grande mi deseo.